



EL REY  
EL FØ

*Susan Price*

ZONA LIMITE

FANTASY



Ahora Elfgift es el rey y se enfrenta a una rebelión liderada por su hermanastro cristiano Unwin. Será una terrible y sangrienta batalla, pues Unwin está decidido a vengarse del semielfo usurpador.

Cuando Unwin ofrece una tregua navideña, Elfgift desconfía. Seguramente su hermano no violará esa época sagrada con sangre y violencia; ni siquiera para conseguir el trono...

Elfgift buscará consejo en sus propios dioses. Pero si el gran Woden le abandona, podría perderlo todo...

# **PRIMERA PARTE**

# UNWIN

## EL SAJÓN

**N**evaba con tanta intensidad que la oscuridad aparecía salpicada de blanco. Un viajero con las ropas cubiertas de nieve resbalaba mientras tiraba de un pobre y agotado borrico. Ambos estaban calados y hambrientos, exhaustos, y tan helados que apenas podían moverse. Los muros y la reja de la Fortaleza Real surgieron imprecisos entre el blanco de la ventisca, y el caminante lloró y rezó al divisarlos. No creía que estuviera tan cerca. Pero cuando arrastró el burro hasta la reja, se la encontró cerrada.

Afuera colgaba un farol, que emitía una luz tan tenue que apenas se distinguía en la nieve. Junto a él se balanceaba la cuerda de una campana. El viajero, un sacerdote, intentó alcanzar la cuerda, la agarró, no sin esfuerzo, y tiró de ella bruscamente. En medio de la tormenta de nieve, el sonido se redujo a un tintineo.

Se oyó cerca de la reja un crujido como de madera. La luz del farol brilló sobre la nariz de alguien que se asomó a través de un portillo.

—¿Quién llama?

El caminante se apoyó sobre la puerta.

—Soy sacerdote. Mi nombre...

—¿Qué queréis, padre?

—Déjame entrar. Yo...

–La reja se cierra cuando empieza a oscurecer y no se abre hasta después del amanecer, ya con las primeras luces de la mañana.

–Yo no puedo. ¡Espera, espera!

El hombre cerraba ya el portillo.

–Hace frío; está nevando.

–Mañana, a primera hora –dijo el guardia que vigilaba la reja.

–¿Es esto hospitalidad? –gritó el sacerdote.

–Venid antes de que el sol se ponga –dijo el guardián– y recibiréis verdadera hospitalidad. ¡Ésta es la fortaleza de un rey, sacerdote, no una taberna! La reja se cierra con la puesta de sol. Se abre de nuevo con las primeras luces del día.

–Me congelaré aquí fuera.

Un desesperado siseo llegó a través de la pequeña puerta.

–Volved por el puente y torced a la derecha. Encontraréis allí un albergue, con fuego, sábanas, comida, cualquier cosa que necesitéis. Pero esta reja no se abrirá hasta mañana.

La puerta comenzó a cerrarse de nuevo.

–¡Debo entrar! –gritó el sacerdote–. Debo transmitir las noticias que traigo. ¿Es verdad que Unwin el Sajón está aquí? –supo por el silencio del guardián de la reja que era cierto–. Tengo noticias para él. Hazle saber mi nombre. Dile que el padre Fillan está aquí. ¡Por Dios, hazlo!

–Unwin el Sajón no es el rey aquí, ni en ningún otro lugar –dijo el guardián de la reja.

–¡Pero es un huésped de tu rey!

El guardia contestó suspirando:

–Id al refugio, padre, y esperad allí mientras pregunto. Puede llevarme tiempo.

–Esperaré aquí –dijo el padre Fillan, ciñéndose la capa.

Sentía que se helaba, pero pensó que Dios y el rey Lovern recompensarían su solicitud más rápidamente si lo

soportaba.

En la sala del rey Lovern, los criados estaban cenando. La sala podía resplandecer para una fiesta, pero aquella noche había sólo una luz tenue, aunque se estaba caliente. Las mesas de la parte baja estaban ocupadas por los plebeyos y los siervos, y de ellas brotaba un gran barullo: charlas y gritos, el crujido de los asientos y de las mesas de madera, el ruido de las hojas de las navajas y el de las copas de madera.

La mesa de los nobles, situada en la parte más elevada de la sala, estaba casi vacía, al haber decidido el rey Lovern comer aquella noche en sus aposentos. Cerca del asiento real, desocupado, se sentaba el gran sajón, Unwin Eadmundsson, junto al joven danés Ingvi Jarlssen. La comida era copiosa pero sencilla: pan y manteca, un trozo de cordero con bastante carne, y verdura, pescado, queso, y leche para beber. Ambos habían comido cuanto les había apetecido, y con el calor de la sala se habían quedado amodorrados.

Ingvi se divertía lanzando su puñal con la mano derecha y cogiéndolo con la izquierda, después lo lanzaba con la izquierda y lo agarraba con la derecha.

Eso no divertía a Unwin, porque el puñal era pesado y tenía una hoja muy afilada, y más pronto o más tarde se le podía escapar a Ingvi y herirse. Cabía también la posibilidad, pensó Unwin, de que el puñal pudiese herirle a él. Pero no se movió, porque eso le habría dado a Ingvi la oportunidad de jactarse de que los sajones tenían menos valor que los daneses.

Lanzando de nuevo el puñal, y cogiéndolo, dijo Ingvi:

–Soy bueno en esto. Todavía no se me ha escapado, ¿verdad? Y lo he lanzado veinte veces.

Ingvi usaba «veinte» en vez de «muchas veces». Una de las cosas que a Unwin le gustaban de él era que a lo máximo que llegaba contando era a veinte. Como de nuevo lanzaba el puñal al aire, Unwin le dijo:

–Debe de ser una habilidad muy útil en la batalla.

Podían entenderse el uno al otro suficientemente bien, ya que sus lenguas eran una dialecto de la otra. Pero el sarcasmo le pasó inadvertido a Ingvi, que respondió:

–Bueno, asusta al enemigo el ver la facilidad con que uno usa las armas. Puedo hacer esto incluso cuando voy a caballo –lanzó de nuevo el puñal.

–Yo estaría aterrorizado –dijo Unwin.

En lugar de lanzar de nuevo el puñal, Ingvi se volvió hacia Unwin:

–Las gentes dicen que soy un semielfo. Aunque no es así realmente. No como *tu* semielfo.

–Ese sujeto no es *mi* semielfo –dijo Unwin.

Ingvi no escuchaba.

–Se debe a que tengo la piel muy oscura.

Desde luego destacaba entre sus parientes, que poseían un hermoso cabello, ojos claros y bella piel. Eran famosos por su estatura y gran corpulencia, mientras que Ingvi, aunque alto, era delgado. Su piel, de color castaño rojizo, era suave como la cáscara de una avellana, mientras que sus ojos, salpicados de verde y amarillo claro, eran pardos como la turba de un río, con unas pestañas largas, espesas y negras.

Los parientes de Unwin se habían burlado siempre de la costumbre de los daneses de cortarse el cabello dejando al descubierto el cuello y casi tapándose los ojos. El cabello de Ingvi estaba cortado así, dejando su largo cuello oscuro al descubierto por detrás, y cayendo sobre las cejas por delante. Parecía tan tosco como el pelaje de un perro, tan espeso como la paja de un almiar y tan negro como el hollín. Había muchos hombres con el cabello oscuro entre los galeses del norte, súbditos de Lovern, pero incluso ellos tendían a poseer una piel hermosa y ojos claros, y su cabello no llegaba a ser tan negro como el de Ingvi. En ese marco oscuro, los poderosos dientes de Ingvi parecían hechos de nieve, y el blanco de sus ojos centelleaba.

–No soy en absoluto un semielfo –decía Ingvi–. Mi madre pertenecía a otras tierras. Ella...

A través del calor de la sala llegó una suave corriente de aire frío, y la luz del fuego y de las velas parpadeó. La puerta de la sala se abrió. Los perros ladraron, y dejó de oírse la charla de las gentes que se hallaban en la parte baja de la sala. Unwin se estiró en su asiento y recorrió con la mirada la sala, e Ingvi se interrumpió.

El guardia, caminando a lo largo de la sala, llegó a presentar sus respetos a los huéspedes del rey, aunque éste estaba ausente. Hizo una gran reverencia ante la mesa de los nobles, dijo algo en su propia lengua, Ingvi le contestó, y el hombre comenzó a volverse para marcharse.

–¡Espera! –dijo Unwin–. ¿Qué ocurre?

Mientras el guardia dudaba, Ingvi dijo:

–Trae un mensaje para el rey.

Unwin se levantó.

–¿Hay alguien en la reja?

Ingvi tradujo la pregunta y el guardia contestó:

–Un hombre pide entrar. Tiene que decir algo al rey.

–¿Por qué? –preguntó Unwin–. Pregúntale que por qué no le ha enviado a la hospedería. Pregúntale qué cosa importante sabe ese hombre como para tener que decírselo al rey.

Ingvi le preguntó. El guardia se volvió una vez más para mirarlos a los dos, y respondió. Ingvi sonrió mientras le pasaba a Unwin su respuesta:

–Dice que es la fortaleza del rey Lovern, y es el rey Lovern quien debe conocer eso antes que nadie.

Unwin caminó hasta el final de la mesa de los nobles y se dirigió hacia el guardia. Ingvi le siguió.

Unwin le dijo al hombre:

–¿Quién soy yo?

Cuando las palabras le fueron traducidas, el guardia se ruborizó durante un momento, y luego dijo:



–Sois un sajón –palabras que Unwin entendió bien sin ayuda.

–¿Quién soy yo? –repitió, y se acercó un poco más al hombre.

El guardia contestó, e Ingvi se rió.

–Dice que si tú no sabes quién eres, debes encontrar a alguien más sabio que él para que pueda ayudarte.

Pasándolo por alto, Unwin calló. Luego, sonrió y le puso al guardia una mano sobre el hombro.

–¿Soy huésped de tu rey?

Ingvi tradujo, y pudieron notar cómo el hombre luchaba contra la tentación de dar una respuesta malhumorada o impertinente. Con Unwin sonriéndole y sujetándole por el hombro, al final estuvo de acuerdo en que el sajón era un huésped del rey.

–¿Soy de linaje real? ¿Soy hijo de un rey? Así que ahora ya puedes decirme quién está en la reja, y quizá podamos evitar que el rey Lovern deje su lugar junto al fuego.

El guardia se separó un poco de Unwin y refunfuñó unas palabras.

–Hay un sacerdote en la reja –dijo Ingvi–. Dice que su nombre es Fillan.

–¡Fillan! –repitió Unwin.

El guardia se dirigió a través de la sala hacia la puerta.

Unwin permaneció quieto durante unos instantes como para tomar aliento, y luego él también fue hacia la puerta de la sala. Ingvi corrió tras él.

–¿Adónde vas?

–A la reja.

–¿Por qué?

–Para abrirla –dijo Unwin.

Abrieron la puerta de la sala y pasaron del calor que allí hacía al frío de la noche, tan intenso que les hizo estremecerse. La nieve crujía bajo sus pies, se arremolinaba a su alrededor y se adhería a sus ropas.

Los guardias que había en la caseta de vigilancia de la reja, perturbados por su llegada, se pusieron en pie, intentando esconder la comida y la bebida, y procuraron dar la impresión de que estaban vigilantes. No tenían autoridad para impedir que Unwin fuera hasta la trampilla de la puerta y la abriera, pero no les gustó.

Unwin se asomó al porche de la caseta de la guardia de la reja. La nieve salpicaba de blanco la oscuridad en el círculo que formaba la luz del farol, pero más allá se imponía de nuevo la absoluta oscuridad.

Gritó:

—¿Fillan?

El padre Fillan se había acurrucado en un rincón del porche, y se hallaba en tal estado de agotamiento y tan aterido de frío que al principio no oyó la voz que le llamaba. Cuando la escuchó por fin, comenzó a despertarse y casi se cayó, pues apenas podía moverse.

—¡Aquí! —dijo, andando a tientas hacia la trampilla de la puerta.

Unwin le vio moverse hacia la luz y le reconoció en seguida. El padre Fillan era el sacerdote de su madre y su propio instructor en la fe cristiana. Apartándose de la puerta, dijo a los guardias:

—¡Abrid la reja!

Incluso después de que Ingvi lo tradujera, los hombres rehusaron moverse. La reja de la fortaleza del rey se cerraba y atrancaba desde la puesta de sol hasta el amanecer, y no serían principitos extranjeros, uno un refugiado y el otro un huésped, quienes les ordenaran abrirla.

—¡Dios mío! —dijo Unwin, y se puso a abrir él solo la reja. Ingvi fue a ayudarlo.

Levantaron la pesada tranca y la dejaron a un lado, y Unwin tomó el aro de llaves que colgaba del muro. Además fueron dadas órdenes en galés, y un hombre fue corriendo hacia la fortaleza.

–Ve y cuéntale al rey lo que estamos haciendo –dijo Ingvi.

–Bien –dijo Unwin mientras intentaba meter la llave en la cerradura–. Sajones y daneses todos locos, tanto los unos como los otros.

Ingvi rió en voz alta, contento de que Unwin contara con él.

Encontraron la llave que necesitaban, abrieron el cerrojo, e Ingvi ayudó a empujar la pesada reja.

El padre Fillan cayó al entrar. Mientras Unwin le cogía y le ayudaba a pasar dentro, Ingvi fue corriendo sobre la nieve para agarrar el burro. No es que el animal necesitara mucha ayuda. Fue trotando de buena gana hacia la reja, donde intuía que podría encontrar abrigo y comida. Tan pronto como Ingvi llegó con él, los guardias se precipitaron a cerrar y a atrancar de nuevo la reja.

–El burro –dijo el padre Fillan–. El fardo.

Helado como estaba, fue tambaleándose hacia el burro e intentó desatar el fardo con unos dedos completamente agarrotados.

–Déjalo y acércate al fuego –dijo Unwin–. Uno de los guardias puede traerlo.

–¡No, no! Es demasiado, demasiado.

–Yo lo traeré –dijo Ingvi, y comenzó a desatar el fardo.

–Tráemelo a mis aposentos –dijo Unwin, llevándose a Fillan.

La fortaleza era un conjunto de muchos edificios rodeados de un foso protector y un muro.

Además de la Sala Real, había establos y cocinas, barracas y talleres, y muchas otras salas pequeñas, donde los miembros más importantes de la corte se alojaban con sus criados. A Unwin, como hijo de un rey y huésped real, se le había asignado una de esas pequeñas salas, y se le proveyó de criados para servirle. El jefe de estos criados era incluso capaz de hablar un poco de inglés. Unwin llevó al padre Fillan a su sala, y lo entregó a sus criados con órde-

nes de que le dieran agua caliente para lavarse, ropas secas, comida y un lugar cerca del fuego.

Luego, llamó al criado que atendía su sala, y le envió a los aposentos del rey con un mensaje excusándose por su atrevimiento al abrir la reja y prometiéndole una explicación más detallada para el día siguiente.

–Dile que el hombre que se encontraba fuera de la reja me traía noticias recientes, y que le he alojado en mi sala y aquí es atendido.

El criado se apresuró a salir para asegurar al rey que ni su casa ni su honor estaban en peligro.

Ingvi entró, llevando con cuidado el fardo. Unwin lo cogió y fue con él a través de la sala (donde los criados estaban ya acostados en el suelo para dormir) hacia sus aposentos. Allí dejó el fardo junto a la plataforma que le servía de cama.

Ingvi trajo una vela y lo examinaron juntos. La tela estaba gastada y sucia por el viaje, pero era gruesa y suave, y a la luz de la vela se podía ver cómo brillaban los hilos de oro.

–La tela de un altar –dijo Unwin.

Inmediatamente supo lo que contenía el fardo.

Sacando su navaja, cortó las ataduras que lo sujetaban y comenzó a desenvolverlo.

Mientras los dobleces se abrían, un ligero pero desagradable olor empezó a brotar de aquello y se hizo más intenso.

–¡Puf! –dijo Ingvi–. Algo está muerto.

Unwin apartó el último pedazo de tela, y apareció un objeto largo y frágil, contenido en un envoltorio de seda que Ingvi tardó en reconocer como un vestido, cosido con hilos de oro y gemas. Y luego vio que lo que había dentro del vestido era humano, o lo había sido. Se apreciaban unas manos ennegrecidas que asomaban por las mangas, con anillos aún puestos en los dedos, y piernas, que se perfilaban como palos bajo la seda.

El bulto del otro extremo era la cabeza, reducida a las medidas de una calavera y envuelta en un tocado de lino. Sus labios se hallaban separados de los dientes.

–¡Jesús! –dijo Ingvi. Había aprendido a usar juramentos cristianos durante su estancia en la corte del rey Lovern.

Unwin puso una mano en el hombro de Ingvi y señaló el cadáver con la otra.

–Ingvi, mi madre, la santa reina Ealdfrith –dijo.

–¿Madre?

Unwin se sentó en el borde de su cama, cerca de la cabeza del cadáver.

–Tu madre era una extranjera. La mía era una santa de Dios. Aquí está. Fillan es también un santo, por reunirse con nosotros. ¿O la ha traído como presente para el rey Lovern, como preciosa reliquia para su capilla?

Cada palabra que Unwin pronunciaba era clara, y amarga, y tan llena de rabia que Ingvi no dijo nada. Unwin se levantó, y algo más tranquilo dijo:

–Tengo que oír las noticias que trae Fillan.

Ingvi apagó la vela y empezó a seguirle. Mirando la plataforma, le dijo:

–¿Vas a...?

Unwin se volvió bruscamente y le preguntó:

–¿Qué?

Ingvi se paró en seco.

–Sólo... ¿Vas a dejar...? –movió la cabeza en dirección al cadáver.

–¿Qué podría hacer con ella? Madre, ¿te gustaría comer algo? ¿Te gustaría oír algo de música? ¿Ves? No quiere nada. Así que dejémosla en paz. ¿Ves? Es diferente a los demás –añadió mientras abría la puerta de la sala.

En la sala, la mayoría de los criados dormían ya, reacios a interrumpir sus pocas horas de descanso y abrigo. Sólo uno de los fuegos continuaba encendido, y allí encontraron al padre Fillan, todavía helado, aunque ahora llevaba

ya ropas secas y había comido del cuenco vacío que se hallaba a su lado.

Unwin parecía tan enfadado que Ingvi esperaba que hablase también enfadado, pero se sentó junto al sacerdote y dijo tranquilamente:

—¿Bien, padre? ¿Qué noticias traéis?

El sacerdote ladeó la cabeza y lanzó un gran suspiro.

—¿Las noticias? ¡Ah, las noticias! —dijo en inglés—. Las noticias son todas malas, hijo mío. El Diablo anda suelto por tus tierras, buscando a quién devorar. La capilla de tu madre ha sido echada abajo, piedra a piedra, y en su lugar han plantado un tejo. Te digo que la luz se ha apagado en esas tierras y regresa de nuevo la oscuridad.

Unwin parpadeó, y preguntó pacientemente:

—¿Qué es de mi familia?

—¡El hermano de tu padre, Athelric! —exclamó el sacerdote, volviéndose hacia él—. ¡Un pagano impenitente! ¡Está siempre al lado del Diablo! ¡Sigue al engendro como un perro fiel, y como un perro corre a su alrededor!

A pesar de sí mismo, Unwin sonrió.

—Eso no es propio de Athelric.

—¡Te lo aseguro! —gritó el sacerdote—. ¡Se ha quedado sin juicio! ¡Está hechizado! ¡Adula al Diablo de un modo que parece que esté enamorado de él!

Ingvi, fascinado, se sentó en el suelo sobre la paja para escuchar (los bancos se habían acercado a los muros para permitir que las gentes durmieran). El rey Lovern, un monarca cristiano situado entre los sajones paganos del sur y los daneses paganos del este, pasaba mucho tiempo enterándose de los acontecimientos que tenían lugar en ambos reinos. Los daneses le habían causado menos preocupación en los últimos cinco años, al haberles vencido en combate y tomado a Ingvi como rehén para asegurarse la paz, pero todavía se mantenía vigilante sobre uno y otro reino. Las noticias eran siempre bien recibidas.

Años atrás, Lovern había enviado a los sajones del sur al padre Fillan, para que enseñara a su reina Ealdfrith la fe cristiana. Ahora se sentaba en el banco junto a Unwin, recitando nombres de lugares y de gentes que no significaban nada para Ingvi. La luz del fuego parpadeaba sobre el sacerdote, mostrando las arrugas de debajo de sus ojos y las canas que salpicaban su negro cabello. No era un hombre grande, ni parecía valiente. No aparentaba ser el tipo de hombre que uno espera tuviera el valor de mezclarse con los paganos sajones (que no eran unos paganos amistosos y civilizados como los daneses) y llevarles el mensaje cristiano que no tenían ningún interés en oír.

—¿Mis hijos, padre? —continuó Unwin.

El sacerdote, cansado, hundiendo el rostro entre las manos, dijo:

—¿Están con su madre en el feudo de Unwin? No he oído nada de ellos, hijo mío, pero —moviendo la cabeza con preocupación, añadió—: ¿no son cristianos ellos y su madre? No corren buenos tiempos para los cristianos.

Unwin estiró su espalda mientras se sentaba en un banco.

—¿Piensas que debo temer por ellos?

—El Diablo odia todo lo cristiano: todo lo sagrado le enfurece, y lo destruye. Esto me apena, hijo mío —el padre Fillan alargó su mano para tomar la de Unwin—. Pues sí, temo por tu esposa y tus hijos.

Unwin le miró fijamente, a través de la luz del fuego. Ingvi admiraba el control con el que escuchaba estas palabras, así como el tono de voz con el que preguntaba:

—¿Y mi hermano?

El padre Fillan le apretó la mano.

—La peor noticia de todas, hijo mío. Lo siento. Wulfward ha muerto.

Unwin se volvió hacia el sacerdote.

—¿Estás seguro de eso?